

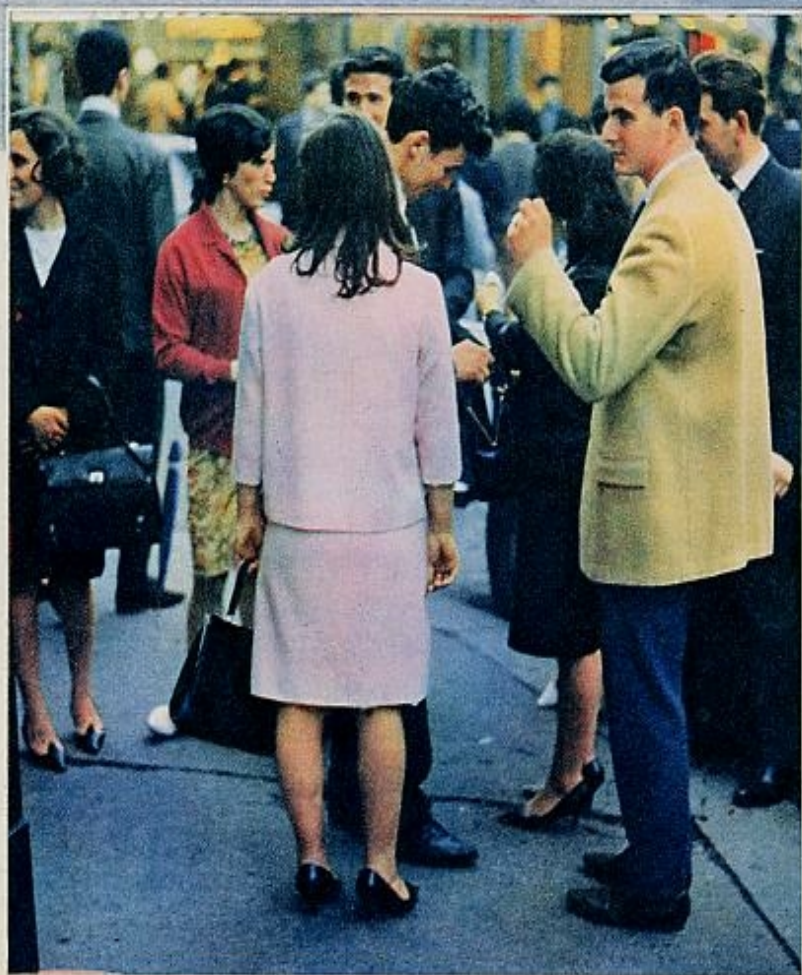
PARIS BARRE Y FRIEGA EN ESPAÑOL

LA P'TITE ESPAGNE DE WAGRAM

"... Ahora es el momento de hablar claro en tierra propia, donde la gente te escucha y te comprende... a medias. Porque los que no saben lo que es salir de la tierra chica, no lo pueden comprender. Yo soy una de las que vuelven "con las manos a la cabeza", sin coche y sin fineas por comprar..." (F. C. de P., emigrante española, en carta a "Triunfo", a su regreso).



Domingo de Wagram... domingo español. Comida en el «self-service» de «Le Monte Carlo», tras la cita en Metro «Etoile». Después, café en cualquiera de los bares de la avenida. Más tarde, paseo, Wagram arriba y abajo, y participación en los corrillos. En el restaurante, un increíble letrero: «Se habla español».



DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL
EDUARDO G. RIGO

PARA hablar claro es preciso, primero, ver con claridad. Cuando se quiere conocer diáfananamente la realidad, hay que abrazarse a ella, hundirse en sus desordenadas aguas hasta tocar fondo, dejarse voltear por sus remolinos. Pero cuando se pretende abordar esta realidad concreta, la que envuelve la emigración laboral española, están prohibidas las imágenes y sólo autorizadas la constatación pura y simple y el razonamiento desnudo. Y aunque no se trata de reiterar teorías ni formular otras nuevas, hay que decir que la más corta y eficaz vía de acceso a los hechos y circunstancias que la constituyen pasa por el trabajo propio. Por mucho que intentemos aproximarnos a este vario mundo español desgajado de la tierra, a la deriva por la Europa del neocapitalismo, nunca podremos dar la cifra que lo expresa con exactitud. Sólo ellos, los trabajadores emigrantes, han visto claro y pueden hablar claro. Su palabra tiene un gran valor, y quien decirla, gritarla... Escuchémosla. Escuchemos hoy, aquí en París, la voz, multiplicada por decenas de millares, de esta muchacha española que un día se gastó sus últimos dineros en la «couchette» de «segunda» del tren de Hendaya, y amaneció en Austerlitz quizá desconcertada, pero segura del poder de sus brazos y de su voluntad. Escuchemos esta voz sin abstraerla, sin aislarla de su contexto, tal como surge de la cruda realidad, rodeado de sus condicionamientos, viva en un mundo vivo. Ella nos dice esa verdad que se esconde detrás de las estadísticas y de los relatos folklórico-sentimentales de los noveleros. **SIGUE**



Salle Wagram, a la caída de la tarde. Precio de la entrada, tres francos. Militares, dos cincuenta. Se bebe «orangina» y se escucha un viejo pasodoble. En este amplio local, se habla, se baila y se quiere en español.



ESTO ES PARÍS. YA HA AMANECIDO CUANDO el tren entra en la estación. Esta es Sofía —y puede ser Maruja, o Dolores, o Consuelo— con su maleta y su libro —«Cómo aprender francés en quince días»— bajo el brazo. Viene a estrenar una ciudad y una nueva vida. Viene a estrenar —y qué enfática suena una palabra tan hermosa— su libertad. París refugie detrás del hosco y ceñudo andén de Austerlitz, bajo el sol tibio de la primera hora.

Sofía se deja arrastrar por la multitud, pero hay que elegir. Aquí, a la derecha, el plano del Metro. Basta pulsar un botón para que el trayecto solicitado se ilumine. ¿Por cuál decidirse? ¿Odeon o Nation, Louvre o Clichy, Rue du Bac o Neully? Nombres vacíos. A la izquierda, parada de taxis y largas colas. Pero, ¿qué dirección indicar? Se puede continuar justamente hasta el letrero que anuncia a la «oficina de orientación» para españoles. Allí, en una breve sala, limpia, modesta, está Juanita Domínguez, o tal vez Antonia Pérez —depende de los turnos— con una amabilidad displicente a fuerza de repetirla. Entre carteles de ferias provincianas, campesinos extremeños y orensanos esperan un consejo, una luz para adentrarse en un mundo absurdo a penas vislumbrado todavía, mientras sus mujeres se proponen, inútilmente, consolar a los niños: una imagen más confusa que dramática.

(“Nosotros empezamos en Lieja, hace varios años. Un cura, el padre Hortelano, rompió la marcha. Se formó en seguida un equipo de estudiantes. Había entusiasmo y ganas de trabajar. Después, cuando empezó a llegar a París la riada, se creó esto. Madrugamos —mire usted la hora— y nos acostamos a las doce. Siempre pendientes de los trenes de la frontera. Tenemos muchas, muchísimas dificultades: que si vienen sin cambio o sin dinero, que si los niños no han comido, que si no saben dónde dormir, que si los han estafado, que cómo pueden llegar a otras estaciones. Nosotras hacemos lo que podemos, y a veces más. Lo que no está en nuestra mano es colocar a los que vienen a buscar trabajo. Pero podemos indicarles: Vayan a tal sitio o a tal otro, o bien hablen ustedes con el padre Del Río —o con el que ahora lleva la “Misión” española—, vayan a la iglesia de Saint-Germain des Prés o a la de la Pompe. Hay organizaciones que facilitan ocupación.”)

Juanita Domínguez y Antonia Pérez. Dos chicas españolas para «orientar» a los españoles. Pero este universo que se abre, ahí mismo, a partir de su puerta, es tan ambiguo, tan contradictorio, tan irreductible a una explicación...

Quizá Sofía no se detenga aquí y siga caminando hasta la calle, y se deje aturdir por el febril movimiento matinal de una ciudad que se pone en pie a la hora del alba. Y compre un periódico en el primer quiosco, y lea con avidez la sección de anuncios. Y termine, vencida la mañana, en una casa burguesa del bulevar de Sebastopol, o de la rue de Seine, o de Rivoli, o de una calle de cualquier otro nombre falsificado por siglos de literatura, sonoro en la boca de los «snobs» de la cultura.

HAN PASADO UNOS MESES, UN AÑO, QUIZA MAS. París, 1965. De Gaulle en la portada de «La Nation», De Gaulle en los chistes del «Canard Enchaîné». «El verdugo» en las carteleras. Y Bergman, Saura y Millares en las galerías. Guardias en la «Jolie de lire», bombas en la librería «Clarté», furiosa propaganda antigubernamental desde la derecha, Valentina Terechkova y Nicolaiev en luna de miel, «Los nuevos curas» en las librerías, firma de Davezie —el cura obrero de «Los angoleños»— en «Masperó», próximo deshielo económico, elecciones a la vista, carestía y neocapitalismo en ofensiva, estudiantes hispanoamericanos en cóncave permanente —Dominicana, Bolivia, Colombia—, amor peripatético y pies desnudos en el bulevar Saint Michel, colas en los restauran-

LA P'TITE ESPAGNE



Los espejos evocan más eficazmente el siglo diecinueve francés que los «salones» de baile de las aldeas gallegas. Cuesta trabajo desembarazarse del sentimentalismo cuando se levanta testimonio de este mundo desajado.



Aquí la nostalgia se ahoga en el aturdimiento. La avenida de Wagram significa algo así como una base española conquistada en territorio extranjero, domingo a domingo, sin pactos ni formalidades jurídicas. Estas mujeres se sienten desintegradas del contorno, ajenas al discurrir de la vida del país en que trabajan y esperan.



tes baratos, turistas ingleses alienados en Pigalle, «beatniks» hambrientos en los muelles del Sena, jóvenes mendigos vergonzantes pintando horriblos cuadros sobre las aceras, y librerías, y más librerías. Y el mito de «la grandeur».

Me encuentro con Sofía —o con Maruja, Dolores, Consuelo...— en la estación de Chatelet. Sofía es de Albacete —puede ser de Orense o de Vitoria— y ha regalado ya hace mucho tiempo su «francés» en quince lecciones. Conoce París —sólo su «quartier», naturalmente— como la palma de la mano, esta mano avezada al manejo de la aguja en otros días y otra geografía —la suya, la que, dice, «le pertenece»— por treinta pesetas la jornada.

Hoy es jueves y tiene la tarde libre. Tomamos un «demi» de cerveza en cualquiera de las callejas que nacen en el bulevar de Sebastopol, camino de Les Halles, el hirviente corazón comercial de París. Las mujeres del «trottoir» se agazapan en los portales, como resultado de una decisión gubernativa: prohibida la calle. (Libro del día: «Histoire d'une prostituée», de Marie Thérèse.) Hombres de indumentaria miserable se agrupan en torno.

No, Sofía ya no necesita para nada su manual de francés, Sofía necesitará muy pronto, mucho me temo, un manual de español. Su «franspagnol» podría parecer divertido si no fuera patético. «¿Sabes —me dice— que aquí las españolas nos «amusamos» mucho?». El ambiente es todopoderoso y no perdona a nadie, salvo a los gallegos. Una de las raíces más firmes —el lenguaje— termina por secarse. Sofía —veinticinco años— es mujer práctica que sabe adaptarse al nuevo oficio. Las finas manos que hicieron maravillas con la aguja, friegan hoy, lavan, barren, cocinan.

(“Mi madre se quedó en España, claro. Le mando dinero todos los meses. Aquí se gana bastante y puede ahorrarse todo. Yo tengo mir quinientos francos al mes, comida y “chambre” en el último piso para mi sola. Con agua corriente. El Gobierno ha obligado a “madame” a instalarme. ¿Sabes cuánto son quinientos francos? Pues seis mil pesetas, por lo menos. Sí, los precios son muy altos, y el cambio en pesetas no dice la verdad. Pero a mí qué me importa si aquí apenas gasto. Lo que no mando, lo ahorro. Hoy que trabajar fuerte, eso sí. Levantarse a las siete y media, y a las ocho al tajo. Y la lata de los niños. Pero una sale y hace los “cours”, bueno, las compras. Y cuando a la noche subo a la “chambre” puedo hacer lo que quiero sin que nadie me moleste. Echarme a dormir, recibir una visita, fumar “Gitanes”, marcharme al cine, o pasear por “la” Sena. Lo que quiera... Aquí la gente está hecha de otra pasta. Al principio me chocaba. Los domingos, cuando salía, me iba a la iglesia de Saint Germain des Prés. Después de la misa nos reuníamos unos cuantos españoles, hombres y mujeres, y tomábamos un orange o jugábamos a cualquier cosa. A veces, un cura nos daba charlas sobre los peligros de la vida francesa. Los peligros de la vida... yo he visto muchos en todas partes. Otros peligros. He aprendido a torcearlos sola. No me encontraría mal si no fuera por mi madre, allá lejos, y la nostalgia... Y esta endemoniada vida de trabajo, para nada. Bueno, sólo para seguir viviendo todos los días y poder regresar alguna vez”).

L OS DOMINGOS DE SOFÍA, MARUJA O DOLORES... DOMINGOS DE WAGRAM. Sofía toma el Metro en Chatelet, tras dejarse llevar por el pasaje automático a través de la laberíntica estación. Dirección «Neully», hasta «Etoile», el Arco de Triunfo, donde arde perennemente la flama en honor del soldado desconocido. En esta línea el idioma oficial es el español, más o menos pasado por la parla popular de París. Es la línea más cómoda —el secreto: atraviesa el «París bien», uno de los «beaux quartiers» de Argón— porque los trenes circulan sobre vías de madera y tienen ruedas neumáticas.

Hoy hago con Sofía el domingo de Wagram, domingo español. La «avenue de Wagram» desciende desde la plaza de l'Etoile hasta **SIGUE**

UN PATETICO MUNDO AL PIE DEL ARCO DE TRIUNFO

la de Ternes. Metro Etoile arriba, es el punto del «rendez-vous», de nuestra cita. De la cita de centenares de españoles que ahora, al filo del mediodía, ya alborotan en todas las lenguas y dialectos peninsulares. Jóvenes y viejos. Rostros con muchas horas de sol extremeño o castellano, curtidos al viento meseteño, sobre un cuerpo menudo, tal vez descalcificado.

Comemos en el «self-service» «Le Monte Carlo». Letrero increíble al Norte de los Pirineos: «Se habla español». Se habla, y se grita y se ríe en español o a la española. De mesa a mesa van y vienen las noticias últimas, el «España» de Tánger —edición parisina— del día, los anuncios de una de nuestras agencias de viajes —buen cuento de hadas para que aquí se sueñe un poco—, los cotilleos más recientes...

Tomamos café, Wagram abajo, en «La maison du café», y una copa en «La Savoie», cerca del «Teatro Abel Gance», y me permito pedir en castellano «una cerveza» —y me la sirven— en «Le Glaciere», y en todas partes resuena en el ambiente el acento gallego, o el andaluz o el extremeño. Y en la barra de «Le petit Wagram» asisto a la puesta en situación de una muchacha recién llegada, con el relato de las interminables gestiones de la documentación, las kilométricas colas para obtener la carta de «sejour», los «sale espagnol» que hay que escuchar sin inmutarse porque uno no está en su país, y el trato de ciudadanos de segunda que se recibe en tantas ventanillas.

Estos hombres y mujeres que ahora se pasean, Wagram abajo, y que son maltratados y despreciados por su aspecto desfavorecido, por su anatomía de subalimentados, representan, pienso, para el orden europeo, algo fundamental: son los creadores de la riqueza del Mercado Común. Sobre sus brazos descansa el complicado montaje del neocapitalismo a escala continental.

Wagram significa, ello es patente, algo así como una base española en territorio extranjero, conquistada domingo a domingo, de hecho, sin pactos ni formalidades jurídicas. A la caída de la tarde, la avenue de Wagram es como una calle más de Soría o de Logroño, ajena al contorno, ese «paraje de bienestar donde se querría que todo transcurriera cada vez mejor en el mejor de los mundos», según el violento verbo satírico de L. Aragón.

NUMERO 39, SALLE WAGRAM, DONDE LA NOSTALGIA SE AHOGA EN EL ATURDIMIENTO. ¿La nostalgia? Para las muchachas de servir —«bonnes a tout faire» o «employées de maison»— sólo brota a la hora de la recogida en «la chambre», cuando retorna el pasado o se siente la ausencia de la realidad española presente. En Wagram, España se instala en la calzada, en los bares, y en torno a la salida del Metro de Etoile, todos los domingos.

Porque aquí, en la «salle Wagram», cuando entramos —precio, tres francos; militares, dos cincuenta— y subimos a la primera pista, la orques-



Cuando se encuentran en Wagram, los trabajadores españoles intercambian sus experiencias de la semana en las fábricas del cinturón de París, o las recitan al oído de una «bonne a tout faire», de una «Conchita» andaluza o extremeña, callándose las más ingratas: sus tareas son siempre las más duras y desagradables.



LA P'TITE ESPAGNE



Sólo ellos, los trabajadores emigrantes, las muchachas que trabajan de sol a sol, han visto con claridad su situación y pueden, por tanto, hablar con claridad. Su palabra tiene un gran valor, y quieren decirla, gritarla... Los domingos, en la acera izquierda de la avenida. Entre las plazas de Etoile y Ternes, se les puede escuchar.



ta acomete con entusiasmo «Mi jaca». Y decenas, centenares de parejas —el local es gigantesco— se abandonan al ritmo del pasodoble. Sí, ciertamente, es una ficción: la vocalista ya nunca cumplirá los cuarenta y cinco años y canta en un español genoso la letra de la composición, leyéndola difícilmente —la luz es baja— en un papel que tiene delante, nada disimulado. Sí, sólo se bebe «oraginas», y los espejos evocan más eficazmente el diecinueve francés que los «salones» de las aldeas gallegas o asturianas. Y si descendemos a la segunda pista —de las mismas dimensiones que la primera— la media luz y el ritmo lento y cálido, y las parejas enlazadas en las esquinas, y el hablar susurrante, definen mejor una «boite» destartada y modesta, que un baile popular español.

Pero estos corrillos de muchachas intensamente morenas y de menuda estatura —el tópico es certero—, estas parejas de mujeres que inician el baile para invitar a los indecisos, estos amores apasionadamente cultivados en los rincones, no toleran la duda. Se habla, se baila y se quiere en español, aunque falsifique las erres la vocalista.

Cuesta trabajo desembarazarse del sentimentalismo cuando se intenta levantar testimonio del domingo de Wagram, cuando se asume la función de testigo de este mundo desgajado, de esta multitud arrancada a viva fuerza —la fuerza del salario— de su solar primero. Quizá un análisis más riguroso, que desdeñase lo anecdótico para profundizar en la situación, nos impusiera una actitud distinta. Pero si no es una encrucijada de «seriales» vividos, este cálido circo de Wagram se perfila con impresionante patetismo sobre la realidad multiforme, bulliciosa y altanera del París 1965. **SIGUE**



Paseo español. En París, como en Zamora o en Logroño. «Rendez-vous» los domingos, al atardecer, en «La Savole» o ante la entrada del «Abel Gance».

22 DE MAYO, «GRAN NUIT» HISPANO-AMERICANA-LATINA. «On dansera toute la nuit avec Los Muchachos». Anuncios gritones en las paredes. En la «Salle Wagram», la tarde avanza al ritmo de «Amapola» o «El Relicario» mientras avenida arriba y abajo rueda el paseo español.

Sofía y Maruja, Lola y Consuelo... Una ronda de «orangina», un baile —mujer con mujer—, y un maquillaje rápido en el tocador para corregir los estragos del calor, del humo, de la fatiga. Y otra vez el frenesí del baile o de la charla precipitada, como respuesta a una voluntad de aturdimiento, de olvido.

(“Si se quiere hacer algo en París —no sé, estudiar, divertirse— nada de bonne a tout faire. Una tiene que hacerse femme de ménage. Lo que se llama en España asistir. Trabajo por horas. Cada hora, cuatro francos con cincuenta. Yo prefiero la seguridad. Mi “chambre”, mis comidas fijas, mi horario. Después del trabajo que me ha costado habituarme... La de aquí es una vida tan diferente. Yo no entro en ella, hay como una barrera que lo impide. No sabría decir cómo es esta barrera, pero existe. Es algo que te distancia, aunque en apariencia tú seas como ellas, las francesas. Nos llaman las “Conchitas”, despectivamente. Yo no soy de esas paóticas que se asustan por cualquier tontería. Pero, la verdad, no me siento en mi casa, todo esto me parece provisional, un paso hacia otra cosa. Pero, ¿qué cosa? Corren los años y aquí seguimos, juntas, reunidas en Wagram, y ellas, las francesas, aparte. Aquí seguimos, sumando franco a franco para vivir mejor más adelante. Y cuántas dificultades pasadas... El idioma, las cuatro palabras para entenderse con los niños, para recibir bien las órdenes de “madame”. Y nunca llegamos a entrar en su modo de vivir, hay como una diferencia de raza entre nosotros, esto de Wagram es nuestro “ghetto”. Siempre juntas, por muchos años que pasen. El jueves, a tomar café al “Bucí”, a la espalda de Odeón. O al “Dantón”, en la misma plaza. Y aquí los domingos. No es que me parezca triste esta vida, porque sabemos divertirnos, y bien. Más triste era en España, al menos para mí. Pero no sé, yo siento una especie de complejo raro entre ellos.”)

Maruja y Sofía, Lola y Consuelo vuelven a la pista, esperando que llegue un español a contarles al oído lo que gana en la «Renault» o en la «Citroën»,

o fregando platos en la rue de Rennes. Y a callarles que él, todos ellos, los obreros españoles, son siempre los últimos, los de los trabajos más duros o desagradables.

ENTONCES SE ENCENDIERON LAS LUCES Y SE OYO GRITAR ¡VIVA BERLANGA! Reconoció en seguida la voz: era la de Simone Signoret». Ester Blanco me cuenta el estreno de «El Verdugo» en París, su tremendo éxito. Estamos en la «chambre» que comparte con July Torre Jimeno en la calle Tournon, 17, muy lejos de Wagram, en el barrio Latino. Ester Blanco era modista en Ponferrada. Su marido se murió muy pronto y le dejó un niño pequeño. Sin pensarlo, tomó el tren

y se plantó en París. Esto sucedió hace años. Llegó a la rue de la Pompe y encontró en seguida trabajo; aquéllos eran otros tiempos. «Su madame» es la viuda de Gerard Philippe.

(“Cuando murió su marido, mi “madame” tenía dos criadas. Ahora vive más modestamente y yo le hago todo. Viene mucha gente a verla, ¿sabe usted? Gente importante. El otro día vino René Clair y me dio la mano. Se portan bien. Como con ella y los niños en la misma mesa. Siempre me está hablando de Fidel Castro. A mí me da la impresión de que cree que es algo así como un semidiós. Cuando tenemos gente a cenar —vienen a veces Simone Signoret, Sadoul, Berlanga, escritores, actores— yo también me siento a la mesa y charlan conmigo. Son gente amable. Pero esta vida es difícil. A las ocho en



«On dansera toute la nuit avec Los Muchachos». Mujer con mujer, a la manera de los pueblos españoles, y al ritmo de «Amapola» o de «El relicario». Perfil patético sobre la realidad altanera del París 1965.



En la «Salle Wagram» las muchachas españolas se «amusen» —se divierten, en versión «franspagnole», su lengua ahora—. Lejos de la tierra, una de las raíces más firmes —el lenguaje— termina por secarse. En los alrededores de la estación de «Etoile», los españoles se reúnen por regiones, con gran mayoría gallega.

pie. Y a veces a las once, todavía en pie. Ella es escritora y ha publicado un libro sobre su marido. Por «Noel» siempre me hace regalos: un disco, un perfume de Dior, un montón de francos. Los sábados se va «a la campaña», con Olivier y Ana Mary, los dos pequeños. Mi hijo cumple los años casi cuando el suyo y siempre me regala un ramo de flores. Nosotras —July y yo— hacemos una vida tranquila. Nada de Wagram. Al «Buci» de vez en cuando, y se acabó. Los jueves, a los jardines de Luxemburgo a tomar el sol. Los domingos, al cine».)

La habitación de Ester y de July es amplia, limpia, bien decorada («todo lo hemos hecho nosotras»). Libros en una repisa: Bles de Otero, una obra sobre una película, alguna novela española. («Aquí vivimos, contándonos todas las noches nuestras penas y esperando la carta de España o la llegada de las vacaciones».) Discos.

July era planchadora en Madrid. General Ricardos adelante, allá donde la ciudad pierde todos sus atributos y se dispersan las viviendas y reina la indigencia, tenía su «casa». Treinta y seis pesetas la jornada. Ahora gana más de quinientos francos al mes.

(«Yo trabajo para Ivonne Baby, una periodista, hijastra del crítico Sadoul. Está casada con el hijo mayor de Ana Philipe y vivimos en el piso contiguo. Cuando vine a París, hace muchos años, ganaba ciento cincuenta francos. Ahora gano quinientos, tengo veintidós días de vacaciones, estoy asegurada como cualquier obrero. Estuve durante mucho tiempo empleada en la rue de la Estrapade, en casa de Jean Vilar, ya sabe usted quién es. Qué gran persona. Allí conocí a Maria Castores y a otros muchos. Me llevaban al cine

con ellos. Figúrese qué trato: un día llegó Jean Vilar y yo estaba fregando arrodillada en el suelo. Me cogió por los brazos y me dijo: «Levántate, que esto es de esclavas. No quiero volver a verte así». Entonces mecanizó la casa, compró aspiradoras y todo eso. Sentí mucho irme, pero habla que trabajar tanto. La que se portó muy bien ahora es madame Sadoul, la vieja. Me regala cada poco entradas para el cine. Es una mujer de un gran carácter. También habla mucho de Fidel Castro. Yo ahorro dinero, porque quiero comprarme un piso en España, tener, va sien-

do hora, una casa decente. Pero a veces pienso: ¿y una vez con el piso, qué? ¿Qué puedo hacer? A los treinta y tres años, en España...».)

Lo más profundamente patético —y he reiterado la palabra con insistencia plenamente consciente— en el conjunto de testimonios que nos proporcionan las muchachas españolas de París, es, acaso, esta pregunta de la madrileña July Torre Jimeno, que se queda en el aire, sin réplica, como un desafío que nos dirigieran todas ellas a los que soñamos con un porvenir mejor.



SI, ESTO ES PARÍS, LOS HERMOSOS BARRIOS, «como una escapada del mal sueño entre las pinzas de la industria». Los grandes bulevares abiertos hace un siglo por Haussman, como si adivinase las necesidades de hoy. (El secreto: el recuerdo de las barricadas del año 48. Hacían falta amplias calles por donde pudiera desenvolverse la caballería.) En los decimonónicos edificios que singularizan la ciudad, la última luz que se apaga, ya vencido el día, es la de la buhardilla, la de la «chambre de bonne», la de la habitación de una muchacha española que piensa en este agitado mundo que la rodea, del que apenas participa, del que se siente ajena. Desintegrada, rota, piensa también, seguro, en el regreso. July y Ester, Maruja y Sofía... a la deriva por la Europa del neocapitalismo porque no han encontrado sitio en su propia tierra. La Historia no nos perdonará si no hacemos lo posible para recuperarlas.

E. G. R.

(Fotos JACQUES MAIRESSE-DALMAS)